

Antología *Queer*: La mirada, el ojo, la vuelta o la revuelta de los sentidos*

Juan Pablo Sutherland

El mapeo a dos bitácoras de vuelo.
La matriz ahuecada de la copia.

Desmultiplicación fractal del cuerpo (del sexo, del objeto, del deseo): vistos muy de cerca, todos los cuerpos y los rostros se parecen. El primer plano de una cara es tan obsceno como el de un sexo. Es un sexo. Cualquier imagen, cualquier forma, cualquier parte del cuerpo vista de cerca es un sexo. Lo que adquiere valor sexual es la promiscuidad del detalle, el aumento del zoom.

Jean Baudrillard, el otro por sí mismo

La aproximación al trabajo selectivo y de lecturas de Carmen Berenguer y Fernando Blanco, autores de la antología incluida en este número de *Nomadías*, me sugiere cercanos y diferenciados ejercicios, pensando que nos hemos encontrado en tránsitos cercanos de investigación literaria, a propósito de un trabajo antológico propio en preparación, trabajo que ha dialogado en el registro y configuración de complejidades con esta antología *queer*. Tengo la sensación que se está abrien-

do y registrando un lugar iniciático y dialogante en el espacio crítico chileno y que, sin duda, responde a los debates iniciados tanto desde los estudios culturales, como desde la teoría *queer* y desde los movimientos políticos de homosexuales, lesbianas y transgéneros en el mundo y en Chile. Obviamente, este trabajo se hace parte de una intersección y mapeo que genera nuevas zonas de lecturas. Y que pasa por asumir ejercicios de desmontaje de las construcciones literarias avaladas desde el registro central, desde lo canónico. En este campo, resulta atractivo re-pensar los cruces de lecturas que los autores proponen, sabiendo además que la maquinaria de fondo consiste en potenciar un territorio que hasta el momento ha sido poco registrado en la historia literaria o en las lecturas de la academia.

Según Ricardo Llamas, *Queer* equivale a "extraño, de naturaleza o carácter cuestionable, sospechoso, desequilibrado y que, en lenguaje coloquial, significa homosexual, raro, inútil"¹. En la perspectiva asumida por la crítica al aburguesamiento del movimiento homosexual en el Primer Mundo, como construcción de una homonorma versus norma heterosexual, se desarrolló la estrategia o

* Texto leído en la presentación de *Nomadías 5*, en la "XXI Feria Internacional del Libro de Santiago", el 30 de octubre de 2001.

mirada desenfocada del *queer*, que interrogaba la establecida e institucionalizada cultura homosexual o gay. Desde el ejercicio propio y sudaca, los compiladores miran sospechosamente las colonizaciones simbólicas y discursivas del Norte, realizando una propia lectura que des-coloca la matriz hegemónica de su origen, y la devuelven cargada como una réplica deficiente, según Berenguer, o des-educando las dimensiones simbólico-lingüísticas de categorías de sujeto, desde la perspectiva de Blanco.

"Ave americana con el pico grueso y dentado: rara" (o rara, inevitablemente, como réplica deficiente)

Este registro, esta metáfora irónica y moderna, cívica y desdentada, que propone la escritora, abre la extraña extravagancia de la mirada, una que cobija entre sus piernas, el ojo poético *voyeur* que descubre los sentidos, que registra las señas, que arma el detalle en función de una geografía propia.

Berenguer se hace cargo de aquella tensión textual-sexual-genéricka, para cartografiar un mapa poético donde la Nación juega sujeto, propuesto en la lectura de "Poema de Chile" de Gabriela Mistral, o donde el zigzaguo marica enrarece la "Rara Flor" de Jorge Onfray, *La Sodoma mía* de Francisco Casas, o el Mapa-tráfico de Enrique Giordano, tríada poética homoerotizada en sus registros y que propone sujetos subalternos.

Lecturas enrarecidas: saltos, mariquitas, apollerados y cóndores

Es la seña que Blanco nos deja, el trazo que resalta lugares desarmados en su propio exotismo. Vuelta insoportable de una lectura que tuerce el

cuerpo de la literatura nacional en una performance de registros y fracturas, de obscenidades, cicatrices y miedos. Blanco señala:

"Hemos intentado evadir el habitual acento de cierta crítica nacional, igualmente de cierta narrativa, de enfocar lecturas y escrituras -percibidas como un único e idéntico acto de conocimiento- que se hacen cargo de la diferencia. Privilegiando la textualización tematizada de prácticas homo-sexuales masculinas, que caracteriza la mayoría de las aproximaciones de estudios gays".

Por cierto, que esta legítima diferencia entre la homonorma y lo *queer* plantea otras tensiones, más políticas que académicas, más callejeras que academiadas a una moda. Es decir, me refiero a cómo se entienden las categorías, o cómo se las puede desalojar de las prácticas políticas y culturales de cada época. En ese sentido, resulta interesante, y a la vez suspicaz, homologar inmediatamente la modernidad, donde solo ha existido una réplica deficiente de modernidad. Asimismo, la homonorma como construcción es una avanzada de lógicas que en cierto tipo de registros puede homologarse a lo que llamaría Canclini ciudadanías por consumo; en este caso, ciudadanías gays por consumo en bares, en discos, etc.

Por otra parte, Blanco realiza un ejercicio interesante, al desplazar arrebataando lugares instalados de sentido, es decir, propiciar nuevas aproximaciones a lugares canonizados en la historia literaria, generando maquinarias de sentido que proponen, por cierto, una vuelta a la densidad del texto, densidad en tanto volumen interpretativo

y no domesticado. En *Pasión y muerte del cura Deusto* de D'Halmar, la lectura pasa por una suerte de habilitación de un exotismo esencial, y que intercambia sentidos sexuales para el *sujeto-voyeur* que desea a través de la metáfora. Así es como la "curiosa blusa de taller engollada que, pudiendo charparle a la antigua, le hacía semejar a un cóndor con su gorguera", travestismo tanto del que compila como del que lee, exotismo como tráfico de una otredad, aquella que se rebela frente a los mandatos de su época y régimen sexual. Blanco propone una revuelta en aquellos sentidos, fracturando la imagen, y como diría Baudrillard: "el detalle de la imagen, su propia promiscuidad, es la verdadera relación sexual"².

A Berenguer, en tanto, le es devuelto cierto travestismo en la multiplicación de su mirada. Así es como el travestismo poético de *La manoseada* de Sergio Parra ("Soy la más femenina de Chile, la que duerme con camisón de dormir blanco en los basurales del hombre") reitera la carencia del deseo, es la bastarda que desplaza su mirada en su propio cuerpo, que señala la huida, y que se despliega en otro, lectura desdentada que tiraniza la mirada en Maquieira, Tirana rica y famosa, la Greta Garbo del cine chileno, como diciéndonos que la única posibilidad es el travestismo del ojo *voyeur*, del ojo chino de la china, de la negra, de la mestiza, de las raras acudiendo a la procesión, por la vereda contigua. Enrique Lihn disfraza el cuerpo, travestiza su mirada, cirujano en su deseo, desplaza su efímera vulgata de loca, devolviéndonos el reflejo del espejo de la entropierna que desea.

Berenguer sugiere la movilidad del deseo en su lectura, errática y desarmada, propone a Fariña en el gesto

narciso del goce, en la cabalgata magenta de su cuerpo, cada salto una albricia, movimiento que señala la búsqueda, la errancia en el encuentro, la señalética de un deseo y la geografía de una animalidad metamorfoseada. Jaime Luis Huenun, en tanto, advierte la ceremonia, rito que desafía el lenguaje del otro, ceremonial autónomo a la lengua blanca-winka, ajena del logoschilensis, gesto propio de la territorialidad de subjetividades subalternas, amarra lo propio desatando lo ajeno: "Los árboles anoche amáronse indios: mañío e ulmo, pellín e hualle, tinea e lingue nudo a nudo amáronse amantísimos, peumos bronceáronse cortezas, coigües mucho besáronse raíces e barbas e renuevos..." Lectura de ave americana, desdentada y con ojos chinescos, prepara la rareza y anuncia su vuelo, rara o rara inevitablemente, Malú Urriola extiende el brazo como tránsito fragmentado de un cuerpo disociado y vivido, brazo que vive en la materialidad de una conciencia en fuga, ritual de transparencia en un pedazo de cuerpo. Para Berenguer, elongación del falo, para la masturbación de la letra, "este brazo es quien me saca a flote, quien jala de mí, quien me aturde, para arrastrarme hasta la orilla, este brazo se compadece de mí más que nadie, me saca el agua que he tragado, me golpea el corazón para que ande". Urriola, entonces, desplaza su fragmento, espejea un simulacro de cuerpo, arriba a una grafía sostenida por su precariedad frente a la grandilocuencia de lo otro.

Blanco, por su parte, exhibe una re-lectura de *Arnasijo* de Marta Brunet, enfocando la mirada en un sujeto-niño en conflicto, escenario fracturado por la ley del padre, y desplazado en la imposibilidad de sostenerse a sí mismo. Madre e hijo en el devenir perma-

nente de la negación, configuración enrarecida de la familia nuclear en crisis, propuesta en crisis del imaginario de la clase media, mundo autista en la configuración de subjetividades perdidas, madre e hijo a la deriva de una extrañeza. Blanco asume su mirada como maquinaria que lee la densidad del texto donde se ven lugares.

La Nación, como un campo de lecturas fugadas y mediatizadas por el des-orden de subalternos, es la propuesta seleccionada en Donoso, *El obsceno pájaro de la noche*. Una Nación bastarda constituida por alteridades, máscara de país, matriz histórica de una deformación, obscena y pájara, rara y decadente, como copia de una similitud o de un simulacro, es la máscara de Cabeza de Gigante que propone Donoso, travistiendo la escena: Blanco quiere mezclar la Nación en su selección, reiterando la fractura de ciudadanía obliterada en las narrativas complacientes. Es así que las identidades transitan ritualmente por aquella Cabeza de Gigante, lugar extraño y propio y, a la vez, movimiento que asegura la multiplicidad de voces en Donoso.

Blanco insiste en el gesto, señala la herida de la Nación. *Por la patria* de Diamela Eltit, Nación o Patria, en un registro que habla de intercambios, de cuerpos en la errancia del deseo, de la habilitación de lugares parias, Coya como un des-amarre, Coya como incitando la escena, generando el desborde en el otro cuerpo, arrimados al deseo como fuga al dominio de roles, al dominio binario de la fijación, plusvalía de los cuerpos en tanto intercambios, como valores de uso en el malestar airado y mestizo frente al modelo político y al régimen sexual. Buscando esos malestares, el crítico inserta la crónica de Pedro Lemebel, "Los dia-

mantes son eternos (frívolas, cadavéricas y ambulantes)", asumiendo la rareza del VIH en el concierto desplumado sus fragilidades, Lemebel ironiza, pervierte el modelo victimizador, lo da vuelta en el imaginario desenfocado y difuso de la loca, rumor a sombra de ojos, "familiaridad compiche que frivoliza el drama (...) al calor de la farra marucha es fácil encontrar una loca positiva que acceda a contestar algunas de las preguntas sobre el tema, sin la mascarada cristiana de la entrevista televisiva, sin el tono masculino que adoptaron los enfermos frente a las cámaras para no ser segregados doblemente". Lemebel, pues, tuerce el escenario, crónica que desestabiliza el megaretrato del sida, que ordena cuerpos, serializa manchas, registra sarcomas en la esperada terapia de una objetivación feroz. Lemebel insobornable gesticula un habla ajena, minoritaria y en fuga. Lemebel inyecta de silicona la mirada marica en sus textos, es rara, más rara que nunca, el salto mariquita para desalojar la epidemia. Blanco da otro salto en las luces amainadas de un autor emblemático, Wacquez y su epifanía, Wacquez y su sombra desplegada en la retórica provinciana y cosmopolita, alzada en la radiografía de una lucidez perversa, del vuelo orgásmico de los roles y el imaginario de personajes desprotegidos en la tierra. Wacquez registra en este fragmento de Epifanía de una sombra una incestuosa voluntad, la de incitar el deseo mediante la pérdida, la de generar seducción en el abismo de la pérdida. ¿Hay una morbosidad galopante en el vuelo de un pequeño Cesna? Wacquez maneja su propio vuelo, enciende la mecha donde no hay lugar, previene del éxito, esperando la caída de sí.

En otro ámbito, es necesario recordar la existencia de textos más huír-

fanos de crítica, como *Corazón tan puto*, de Nelson Pedreros, texto que habla del cruce entre lo popular como paisaje social y el discurso amoroso de una identidad fragilizada, o *Barula* de Carlos Vattier y su configuración del closet como vínculo con el mundo. Textos que circulan por los bordes exhibiendo sus propias inestabilidades y que, junto a otros, habrían generado una mayor multiplicidad de interrogantes a las representaciones y categorías que propone disolver la presente antología *queer*.

Sin embargo, estas dos bitácoras, la de la escritora Carmen Berenguer y la del crítico Fernando Blanco, des-ordenan textualidades para anun-

ciar nuevos sentidos, intencionalidades de escritura que nos entregan las agujas feroces de la interpretación y sus derroteros. La vuelta hueca, finalmente, de una matriz que han despreciado.

Notas

- 1 Llamas, Ricardo. *Teoría torcida; prejuicios y discursos en torno a la homosexualidad*. Madrid: Siglo XXI, 1998. 374.
- 2 Baudrillard, Jean, *El otro por sí mismo*. Barcelona: Anagrama, 1988. 37.